

LOS CRIMENES DE CULLERA



CHATO DE CUQUETA

SENTENCIA E INDULTO

PRIMERA PARTE

De un hecho que llenó á España
de profunda sensación,
en estos pobres renglones
vamos á dar relación
para que el pueblo contraste
la vileza de una acción,
con la piedad del monarca
que hoy rige nuestra nación.
De mil novecientos once,
con hondo y triste pesar
su dieciocho de Septiembre
siempre se recordará.
En el pueblo de Cullera
se armó un motín infernal
que la vida de tres hombres
honrados llegó á costar.
Fué el caso que don Jacobo
López Rueda, que en día tal
juez de instrucción era en Sueca,

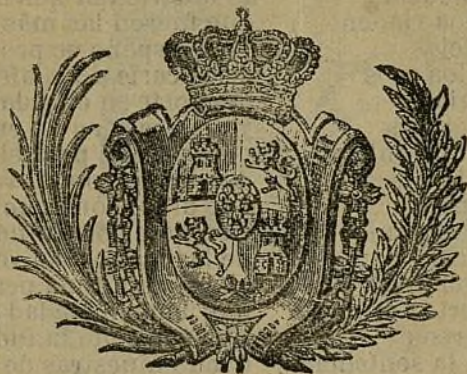
supo, bien á su pesar,
los disturbios que en Cullera
ocurrían sin cesar,
y allá fué por si podía
con aquel mal acabar,
llevando á su secretario
don Primitivo Beltrán,
y de actuario se llevó
á don Fernando Tomás
y al alguacil Dolz Antonio;
todos van sin vacilar
á cumplir con los deberes
que allí han de desempeñar.
¡Quién había de decirles
que el cumplir con lealtad
el deber de la justicia
sus vidas iba á costar!
Para acelerar la marcha
y así más pronto llegar,

tomaron una tartana,
dentro de ella todos van,
cuando llegan á Cullera
y aquella turba bestial
detuvieron la tartana
y les dijeron:—¡Atrás!
Aquí hoy no manda justicia,
hoy aquí no manda más
que nosotros, porque hacemos
nuestra santa voluntad.
El digno juez que oyó esto,
tanto se llegó á indignar
que bajó de la tartana
y aquel á quien dijo tal
por un brazo le agarró
diciéndole:—Usted, á callar;
preso en nombre de la ley
se queda.—Y á los demás
les dijo:—Ahora, el que quiera
en su casa pernoctar
sin ingresar en la cárcel,
ya se puede retirar.
Subió al preso en la tartana
y la orden dió de marchar;
entonces aquella gente,
llena de rabia infernal,
á tiros y á cascotazos
empezaron á atacar,
siendo el «Chato de Cuqueta»
el que se distinguió más
animándoles á todos
con el juzgado á acabar,
y en esta refriega herido
salió el señor de Beltrán
y á curarlo van adonde
vive el juez municipal.
Allí dejan al herido
y parten, sin vacilar,
á la casa Ayuntamiento
donde esperándole está
al juez, don Jacobo López,
el actuario Tomás.
Mientras tanto el alguacil
Dolz, con un miedo cerval,
salió huyendo del peligro,

pero en hora tan fatal,
que la chusma le persigue,
le acorralla, y, sin mirar
el que se hallaba indefenso,
le dan un golpe mortal
que lo hizo caer en tierra;
pero se logra escapar
y arrojándose en el río
así se cree salvar;
pero allá en la opuesta orilla
halló el cuchillo glacial
que le cortó la existencia.
Aquella gente no más
que sangre pide sedienta,
y empezaron sin piedad
de su víctima el cadáver
por las piedras á arrastrar;
luego lo arrojan al río
para así el crimen tapar.
Después al Ayuntamiento
se dirigen sin parar,
contra el juez arremetieron
y el actuario Tomás.
Bien los dos se defendieron,
mas no pueden escapar
de las garras de los buitres
que los quieren devorar,
y así fué que aquella chusma,
que loca debió de estar,
salta puertas y ventanas,
al juez logran agarrar,
y llenos de saña fiera,
golpes mortales le dan;
lo arrastran por la escalera,
y cruel muerte le dan;
también al pobre actuario
otro tanto hacen igual.
¿Quiénes fueron los autores
de este crimen tan bestial?
Fueron tantos, fueron cuantos,
son todos en general;
pero son los más salientes,
como ahora el lector verá,
á los que el castigo impone
la justicia militar.

Fin de la primera parte.

LOS CRIMENES DE CULLERA



SEGUNDA PARTE

Veintinueve procesados ante el Consejo de Guerra son llevados á juzgar por los hechos de Cullera. Declaraciones les toman donde con gran entereza los criminales afirman su acción villana y tremenda. El fiscal, con voz vibrante, pide justicia severa y en debate hermoso, piden la libertad las defensas. Mas la ley ha de cumplirse, de veintinueve condena á siete, por sus delitos, á sufrir la última pena. A los demás, la justicia tanto el castigo no aprieta, pues son sus hechos más leves, y por tanto les condenan unos á catorce años y á otros cadena perpétua. Quedando así sazónada, con la terrible sentencia, la opinión que á voces pide castigo á la delincuencia.

Mas los siete condenados á sufrir la última pena con ello no se conforman y al alto Supremo apelan. De poco vale que luchen por salvarles las defensas de las manos del verdugo; el Tribunal delibera que fueron muy criminales y confirma la sentencia, por lo que son condenados á sufrir la última pena en cadalso á Juan Jover (a) «Chato de Cuqueta», Federico Ausina Franco (a) «Ferrer», José Ochera Casat (a) «Perol», condenan á José Giménez Malonda, Francisco Gimeno; pena causa tanta muerte, más la justicia es severa; faltan Valeriano Ibiza y Cecilio San Félix, esta es la ley que se cumple, ahora veamos la clemencia.

¡Piedad para los reos!

Al conocerse en España
lo duro de la sentencia,
mil clamores se levantan
implorando la clemencia.
De todos los pueblos vienen
pidiéndole á Canalejas
que interceda por los reos
ante la caridad regia.
Ante aquellas peticiones
que hace toda España entera,
se reúnen los ministros
en una sesión secreta
y acuerdan salvar al punto
de la figura siniestra
del verdugo horripilante
y arrancar de muerte adversa
á seis de los siete reos
que hace mención la sentencia.
El séptimo desgraciado,

que es el «Chato de Cuqueta»,
no lo pueden perdonar
porque le recaen tres penas
de muerte por sus hazañas,
que fueron las más cruentas.
Pero España se propone
arrancarle de la afrenta
de morir en el cadalso,
y generosa en su empresa,
pide perdón para el reo
con tal fe, con tal vehemencia,
que al fin consigue su objeto
y rescata con grandeza
de las manos del verdugo
al reo de última pena,
moviendo á piedad al rey
que concedió la indulgencia,
dando muestras de que tiene
una caridad inmensa.

España agradecida á su Rey.

Señor, si el crimen fué grande
más grande fué vuestra acción
dando á aquellos criminales
vuestra gracia de perdón;
hermosa fué vuestra gracia,
grande fué vuestra piedad
que logró calmar el llanto,
la tristeza y la ansiedad.
Como joven sois, la vida
gustáis y consideráis

que también debe agradarle
á aquel á quien perdonáis.
En nombre de las familias
de los reos gracias damos
y ante vuestras regias gradas
con humildad nos postramos,
para dar un viva alegre
salido de las entrañas:
¡Viva el Rey Alfonso XIII,
que sabe dar gloria á España!

FIN